

Florita

■ ■ Amador Peña Chávez*

Con todo cariño y alma de niño, dedico este texto a Florita Cárdenas y al doctor Heberto Romo. Flor: Canción de Guty Cárdenas

Una vez que visitaba Palaú, paseé por sus calles. Al tratar de congeniar el ayer con el ahora, de pronto surgió un hermoso recuerdo: En la acera de enfrente, cerca de la casa Elguézabal y un depósito, antes del arroyo, estaba una casa que perteneció a don Jorge Abraham. Todavía me miro sentado en la banqueta y escuchando muy plácido el plañir de cuerdas de una guitarra y las voces nostálgicas de dos trovadores.

El sol intentaba esconderse tras la sierra Santa Rosa, las golondrinas de verano y otras aves revoloteaban en el aire sobre las copas de los árboles anunciando el fin de un ajetreado día. El viento tenue y cadencioso parecía acompañar aquellas voces que, en la tarde, casi noche, entonaban una bella melodía:

*Flor se llamaba, flor era ella,
flor de los bosques en una palma,
flor de los cielos en una estrella.
Flor de mi vida, flor de mi alma.
Flor de mi vida, flor de mi alma.*

Las voces pertenecían al querido doctor Heberto Romo y al recordado "Charro". Sentado en la banqueta disfruté de un amplio repertorio de la Trova Yucateca y de los corridos del Charro Avitia.

No se percataron casi de mi presencia, no llamaba la atención un niño descalzo sentado en la banqueta que al pasar los años registraría esta historia.

Cuando llegó el doctor Heberto Romo a Palaú, venía casado con Flora Cárdenas, a quien había conocido en Michoacán cuando hacía su servicio social. Ella nos contaba con orgullo que era sobrina del general Lázaro Cárdenas; los dos formaban una hermosa y romántica pareja. El doctor la llamaba cariñosamente Florita, así le decíamos nosotros también.

Dio la casualidad que recién instalado el consultorio, el primer paciente que tuvo el doctor Romo, fue un servidor, que había enfermado de no sé qué, razón por la cual siempre tuvo conmigo una distinción especial, ya que me consideraba su amuleto o su suerte como él me lo decía.

Recuerdo que me platicó una anécdota de una de sus primeras pacientes, fue por la madrugada; llegó un señor muy acongojado a la casa del doctor que también le servía de consultorio y le tocó la puerta con fuerza.

—¿Por qué a estas horas? —le dice el médico—, ¿No puede esperar hasta mañana?

—No doctorcito —le responde el individuo en cuestión.

—Es que le traigo a mi vieja, en el camión metalero, fíjese que discutimos y nos hicimos de golpes y yo para calmarla, porque resulta que es medio brava, le pegue con una varita.

—¿Con una varita? —le cuestiona asombrado el galeno, pensando que se refería a una vara de árbol. — Oiga, le dice el médico, pues qué mujer tan delicada y por eso me la trae a estas horas. Pero al verla cuando entra con la cabeza bañada en sangre, el médico asustado le pregunta:

— Pero ¿cómo le pudo hacer esto con una vara?

El mencionado sujeto le aclara con un rostro sonriente que no era una varita de árbol, sino de ésas de la mina, refiriéndose a un trozo descomunal, prismático y pesado que por estos rumbos es muy común.

—¡Vámonos! —dice el doctor alarmado— esta mujer debe estar internada en el hospital y no aquí.

*Maestro en Lengua y Literatura Españolas por la Escuela Normal Superior del Estado. Estudios de postgrado en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido docente de varias instituciones en los niveles básico, medio superior y superior. Conferenciante, historiador, orador y declamador. Autor de más de una docena de libros en los que cultiva varios géneros literarios. Escribe para la revista *Crónicas del Camino Real* del Colegio de Investigaciones Históricas del Centro del Estado.

El doctor Romo ha sido siempre un excelente médico dotado de muchas virtudes y con Florita, se complementaba una pareja formidable. No he conocido matrimonio como el de ellos, amorosos, tiernos y siempre pendientes uno del otro; el doctor en sus momentos de ocio solía tocar la guitarra, hizo pronta amistad con el Charro, que también tocaba ese instrumento y cantaba; el Charro se ganó ese apodo porque gustaba imitar al Charro Avitia, cantante de moda en aquellos días.

Se reunían y le daban a Florita frecuentes serenatas, la canción que sobresalía en su repertorio era la canción yucateca “Flor” de Guty Cárdenas, que inicia con ese nombre precisamente: “Flor se llamaba, Flor era ella [...]”

El Charro era hijo de Doña Nati, la menudera, no lo digo en forma despectiva, así se conocía, sin ofender; era la más famosa del rumbo, por cierto, todas las noches sacaba su enorme olla con ese contenido y en una mesa con sendas bancas, se ponía a las orillas del camino de riel por donde pasaban muchos transeúntes y mantenía una nutrida clientela que gustaba de saborear su buena sazón para este platillo.

El Charro tenía una voz brava y sonora, razón por la que ganó ese apodo, tocaba la guitarra, virtud que le ganó la amistad y el aprecio del doctor, con quien se juntaba con frecuencia y con buena camaradería compartían una romántica bohemia.

El único defecto del Charro fue ser muy alebrestado y valentón. Un día al entrar en la mina – por los lados del túnel pasaban unos alambrados que surtían la corriente en el interior y por necesidades de servicio, unas veces iban con corriente y otras no–, los amigos lo provocaron para que demostrara su valentía: “A que no tocas los alambres, Charro”, lo *cocorearon*, y éste, sin medir consecuencias, los tocó; murió por una descarga de 4.40.

Florita fue muy amiga de mi madre, no conocí mujer tan preocupada por su familia, tan sencilla y cordial como ella; no obstante que en la localidad a ella se le colocaba en otro nivel económico distinto al nuestro, siempre cultivó la amistad con mi familia.

Por la distancia y otros factores no la volvimos a ver, antes de su muerte preguntó mucho por mi madre, pero también había muerto para ese entonces. Quiso Florita que la sepultaran en esta tierra tan nuestra y en donde había sido muy feliz y procreado una hermosa familia.

Fue una pareja de tiernos enamorados, me acuerdo del doctor y de Florita y no dejo de evocar su canción que vibra entre los terreros y la tierra negra de Palaú, aunque compuesta en un lugar tan diferente y tan lejano: *Flor se llamaba, flor era ella, flor de los campos en una palma, flor de los campos en una estrella. Flor de mi vida, flor de mi alma.*